

RIENZI.

EL ÚLTIMO TRIBUNO.

«Y tú, bella Irene, ¿te acordarás de mí? ¿te negarás á consentir en ser mi esposa en presencia del Eterno? Léese en las leyendas del norte que al volver de la Palestina un caballero cruzado encontró á su amada, á quien creía muerta, esposa del Altísimo: El caballero levantó una ermita al lado del monasterio en que ella habia pronunciado sus sagrados votos, y sin verse el uno al otro permanecieron fieles hasta su última hora. Querida mia, imitemos su constancia; conservémonos reciprocamente la fé que nos prometimos, estraños á todos los lazos terrenales, dichosos con nuestros recuerdos, para reunirnos algun dia en el cielo.»

«A pesar de estos tristes deseos, un rayo de esperanza viene á agitar mi soledad cuando contemplo la miseria de las grandezas humanas. La brillante carrera de tu hermano puede asemejarse á la de un meteoro. Si por desgracia para él vuelve á la oscuridad, si llega á cesar su poder, si Roma se cansa de su poder y deja de amar á su tribuno, no veré yo entonces en tu hermano al juez, al destructor de tu familia. Libre tú de la vana pompa que te rodea, ó quizás sin parientes, sin amigos, sin proteccion, pobre barquilla arrojada al borrascoso mar de las pasiones y de las asechanzas criminales.... yo te reclamaré en tal caso como mi supremo bien, como mi mas rico tesoro, sin faltar al honor, sin incurrir en la venganza de obtener el poder y la felicidad de las manos manchadas aun con la sangre de mi familia. El honor callará satisfecho cuando deseieras de tu esfera brillante. No me atrevo á entregarme al placer que me causan estos presentimientos, que ignoro si son criminales para ti y para mí; con todo, me parece que he adquirido el derecho de espresarlos en un escrito que declara todos los secretos de mi corazon. He querido que conozcas á Adriano tal cual es, con sus debilidades y con su valor.»

«Adios, pues, mi siempre adorada y ahora mas que nunca, por lo mismo que te adoro sin esperanza. Adios. El cielo te consuele, y te haga mas venturosa que á tu infeliz amante.»

—«¡Ah! exclamó Irene; me ama.... me ama.... y soy dichosa todavía....»

La carta de Adriano disipó las sombras que cubrian de luto su corazon haciendo desaparecer de él aquella afliccion profunda que le atormentaba. Sonrió á Rienzi, abrazó tiernamente á Nina, y aunque subsistia su dolor estaba ya reconcentrado en el alma: era un gusano oculto en el corazon de la rosa.

Apagado el primer entusiasmo que produjo la victoria obtenida contra los nobles, una tristeza general sucedió en Roma á las aclamaciones y á los himnos de alegría y de triunfo. La matanza habia sido tan considerable, que el duelo público solocaba el contento que todos sentian por el triunfo de Roma, y no faltaban parientes de los que habian sucumbido que acusasen al tribuno de los males producidos por las armas enemigas. Los repetidos funerales en honor de las víctimas afectaban estraordinariamente á Rienzi, pues lo mismo que todos los hombres, cuyo fanatismo es el resultado de sus ideas religiosas, tenia poca tolerancia para los crímenes que directamente atacaban la esencia de la religion. En su concepto, era el perjurio un delito irredimible, el mas infame, el mas vil en la sociedad, y los castigados barones habian faltado dos veces á todos sus juramentos y palabras. Indignado, pues, de tanta felonía, que no podia olvidar, prohibió el tributo de fúnebres homenajes á su memoria, y solo permitió que en secreto y sin pompa fuesen conducidos sus restos á los sepulcros de sus abuelos: exceso de venganza que afeó sus laureles, pero que estaba en perfecta armonía con su severo patriotismo y su exaltada piedad. Impaciente por acabar con los rebeldes, y anhelando dirigirse á Marino, en donde se habian refugiado, reunió Rienzi su consejo, y presentó la victoria como segura, y sus resultados como la completa restauracion de la pública tranquilidad. Por desgracia debia el gobierno su haber á las tropas; comenzaban estas á murmurar; estaban exhaustas las cajas del tesoro, y era indispensable decretar un nuevo impuesto.

Entre los consejeros del tribuno, habia mucho que habian perdido parientes y amigos en la batalla y escucharon con frialdad é indiferencia la proposicion de llevar adelante la guerra. Otros, entre los cuales figuraba Pandolfo, timidos pero bien intencionados y que conocian que el terror habia ya producido una reaccion en el pueblo asustado con su propia victoria, declararon que en su opinion era imprudente el paso que se intentaba de imponer una contribucion. Barocelli, demagogo ambicioso sin principios, pero hombre que gozaba de grandisima influencia entre las clases inferiores del pueblo, cuyas ruines pasiones habia estimulado aparentando favorecer lo que ahora llamamos el movimiento nacional, y hablandoles un lenguaje barbaro natural en él por costumbre, y acomodado á los hábitos é inteligencia de sus oyentes, se puso en el consejo á la cabeza de un tercer partido, que hizo desde aquel momento una oposicion abierta y decidida. Atrevióse á echar en cara al arrogante tribuno la excesiva y

dispendiosa magnificencia que habia contribuido á aconsejarle, y la oposicion en masa dejó entrever que el primer magistrado de Roma habia concedido el perdón á los barones cuando la conspiracion de Rodolfo por motivos péfidos, siniestros y puramente personales. De aquí resultó que en el seno del parlamento, al cual hizo revivir Rienzi organizándolo de modo que fuese el primer baluarte de la libertad, la libertad se vió hundida y pospuesto á miserables intrigas de partidos. Las elocuentes palabras del tribuno solo recibian por contestacion un sombrío silencio, y por último la mayoria fué contraria á la proposicion sobre el nuevo impuesto y sobre la marcha contra Marino. Rienzi levantó la sesion precipitadamente y con evidentes señales de enojo, y no bien hubo salido del salon del consejo, cuando le presentaron una carta: leyóla sin perder minuto, y permaneció largo rato como petrificado. Pocos minutos despues de haberse dirigido á su aposento, llamó al capitan de su guardia y le ordenó que estuviesen prontos para montar al primer aviso cincuenta ginetes: pasó en seguida á las habitaciones de Nina, y habiéndola encontrado sola, detúvose un momento para contemplarla, pero eran sus miradas de tal naturaleza, que la amante esposa sintió helarse la sangre en las venas y nada pudo preguntarle. Por último la dijo el tribuno.

—«Nina; vas á salir de Roma.»

—«¿Dios mio! exclamó ella: ¿es cierto lo que acabas de decir?»

—«Si, tu guardia se está preparando para escoltarte; en Florencia tienen parientes y yo amigos; aquella ciudad será tu residencia»

—«¿Rienzi!.... ¡Querido mio!»

—«¡Oh! No me mires así: tu has sido mi orgullo, mi mejor apoyo cuando tenia asegurado el poder, cuando la fortuna me sonreía; al presente no haces mas que estorbarme, y....»

—«¿Cuál es la causa de que me hables así? ¿Que ha sucedido en Roma? No te muestres hoy tan indiferente conmigo; no me mires de ese modo, ni te separes tan pronto de la que ha sido tu constante compañera. ¡Y qué! ¿me consideras solo tu amante? ¿No soy por ventura tu esposa?»

—«Si, si; mi muy querida esposa, demasiado adorada....»

—«¿Demasiado!....»

—«No te ofendan mis palabras; mientras permanezcas junto á mi, no puedo ser romano sino á medias.... Nina, los viles esclavos, cuyas cadenas he roto me abandonan. Y precisamete ahora, cuando de un solo golpe me es tan facil destruir todos los obstáculos que se oponen á la regeneracion de Roma, cuando una victoria indudable allana el camino de la prosperidad de ese inconstante pueblo, me hace traicion la fortuna, dejandome sin su auxilio espuesto al furor de una próxima barrasca.»

No creas: el mayor peligro consiste en el resentimiento de los nobles; no los nobles han huido despues de haber pagado bien caro su crimen: el pueblo es el que hoy hace traicion á la patria y á Rienzi.

—«¿Y quieres precisarme á que te abandone en semejante trance? No; imposible: Nina permanecerá á tu lado hasta la muerte: mi vida, mi honor reciben de tí su existencia; tu grandeza, tu virtud se reflejan en ellos, y el golpe que destruya la gigante palma anonadará tambien el modesto arbusto que se huarece á su sombra.»

—«Nina, murmuró el tribuno luchando contra sus terribles emociones se trata quizas de perder la cabeza en un motin. Vete, huye, es tiempo todavía separate del hombre que ya no puedes protegerte en Roma.»

—«Nunca, nunca! te lo juro.»

—«¿Estas resuelta á no dejarme?»

—«Firmemente resuelta.»

—«Sea así, pues el cielo sin duda lo dispone, dijo Rienzi con profundo dolor. Preparate á arrostrar los mas inminentes peligros.»

—«No los temo, si tu presencia me sostiene.»

—«¡Ah! Ven á mis brazos, mujer heroica: esas palabras me obligan á avergonzarme de mi debilidad. Pero Irene.... ¡infeliz! Si sucumbo estoy seguro de que tu no me sobrevivirás, pues no puedes pertenecer al corazon mas corrompido ni al brazo mas fuerte ó afortunado: los dos ocuparemos el mismo sepulcro debajo de las ruinas de la libertad romana. Mi hermana es de un temple de alma menos probado.... ¡Niña infortunada! por mí se vé privada de un amante, y quizas ahora....»

—«No hay duda, amige mio; Irene debe abandonar á Roma, y no es árdua empresa el ocultarle la verdadera causa de su partida. La tristeza que consume su corazon nos ofrece un pretesto plausible para aconsejarle la variacion de clima, y de todos modos se dejará persuadir: Roma debe ser para ella en estos momentos una mansion sombría.... Voy sin perder tiempo á prepararla.»

—«Bien, esposa mia, bien: has hallado un precioso espediente: entretanto meditaré en los medios de retardar la catástrofe: No olvides que Irene ha de marchar hoy mismo, porque la arena de nuestro reloj se está acabando.»

Cerrada ya la puerta del aposento despues de haber salido Nina, desdobló el tribuno la carta y la leyó de nuevo con marcada atencion.

TEATRO DE LA CRUZ.

PRIMERA REPRESENTACION DE LA SOMNÁMBULA.

Salida á la escena del tenor español don Lázaro Puig, conocido por Flavio.

Hace algunos años que se cantó en esta corte y en los salones del Liceo la célebre composición del maestro Donizzetti que nos ocupa en este momento. El Rey de los tenores, el célebre Rubini encantó entonces á cuantos tuvieron la dicha de escucharle. Desde aquella época nadie se atrevió á poner su mérito á prueba al lado de tan grande notabilidad. Hace cuatro noches los dulces acentos del célebre Moriani, se oían con gozo y se aplaudían con entusiasmo en el coliseo de la Cruz. Desde hace cuatro noches el público madrileño, ni ha podido olvidar ni olvidará tan pronto la grata impresión que grabó en su alma el insigne Moriani. En tal situación y con precedentes tan desfavorables se ha presentado por primera vez el tenor Español don Lázaro Puig. La situación no podía ser mas crítica ni mas riesgada para quien tenia que luchar con tan grandes elementos. El público sin embargo debía tener en cuenta tan graves consideraciones, si bien se presentaba á su fallo quien tan favorablemente había sido juzgado en los primeros teatros de las cortes de Londres, Paris, y Lisboa.

No son muy populares para nosotros los eternos cantos que grabara el genio sublime del malogrado Bellini en su admirable composición de la *Somnambula*, som á pesar de esto lo bastante para ser apreciados en todo cuanto valen y fuera suficiente conocer el nombre del maestro para encontrar en sus inspiraciones aquel sentimiento, aquella verdad, aquellos giros que conmueven al espectador. Ni una sola nota se encuentra en la *Somnambula* que no embelese el alma, que no cautive el corazón, ¡que abundancia de melodías, que perfectamente armonizaba, que propiedad en la música, y que modo de adaptarse esta á las diversas situaciones. Cuanta ternura, cuanta pasión y cuan gratos recuerdos! El público no podía menos de oír con gusto una ópera de esta especie, siempre que se le presentara como era debido, y no se podía menos de esperar.

Hablemos de la ejecución, pues conocido el mérito de esta partitura, solo de su ejecución habremos de dar cuenta á nuestros lectores. La señorita Tirelli, cuyas buenas dotes hemos reconocido en las funciones anteriores, las ha desplegado en esta de una manera singular y sorprendente. A no dudarlo la *Somnambula* es su ópera favorita, y así lo ha reconocido el público aplaudiéndola casi en todas las escenas. Estuvo afinadísima y ejecutó con tanto primor y delicadeza, que indudablemente ha ganado muchísimo en la buena opinión que de su mérito se tenia ya formada. En el rondó final cantó el andante y la caballeta como pudo cantarlo la divina Pasta para quien se escribió.

La señorita Chimeno, si bien su parte era de escasa importancia, estuvo muy arreglada y gustó más que en otras ocasiones, como irá gustando cada día segun vaya perdiendo el miedo y ganando en el estudio.

Presentóse el héroe de la función, el Sr. Flavio: su gallardo continente, su hermosa figura y la franqueza y desembarazo con que lo hizo, valióle desde luego un fuerte aplauso. Desde las primeras notas se dejó conocer lo excelente de su voz y su esquisito método de canto. Muy luego dió inequívocas pruebas de la escuela privilegiada que cultiva, escuela que se presenta rara vez en nuestra escena, por ser del dominio esclusivo de muy contadas notabilidades. Los continuos *brabos* premiaron al instante el mérito del artista en su aria de salida, y si bien todo esto no fué suficiente para fijar la opinión, fué indicio seguro de que se aguardaba con buena fe y fundadas esperanzas á oír el segundo cuadro del primer acto para fallar completamente. No fueron vanos por dicha los cálculos del público cuando el Sr. Flavio en el andante de este segundo cuadro hizo acordar á Rubini en aquellos lastimeros acentos, en aquel canto energético y valiente que se apoderó del ánimo de los espectadores y los hizo prorrumpir en entusiastas *brabos*, en fuertes y prolongados aplausos. Una imprudencia, que otro nombre no merece aunque la dictara el mejor deseo pudo serle perjudicial, y le fué sin duda alguna al Sr. Flavio. Como causara tanto furor en el dicho andante se insistió por algunos en su repetición. Concediólo con alguna ligereza la autoridad, y el artista entonces vivamente conmovió y con mas voluntad que fuerzas, pues dicho sea de paso había echado el resto en aquel canto tan escésivamente fuerte, no tuvo inconveniente en prestarse á la repetición con perjuicio propio y á disgusto del público que compadecía su fatiga.

Lo hemos dicho ya repetidas veces: cuando gusta una pieza y el público quiere volverla á oír, oigala en hora buena pero que lo pague su bolsillo viniendo al día siguiente, y no el cantante que no tiene mas patrimonio que su voz. Ya en la caballeta hizo ver el señor Flavio que había hecho mal en acceder á la repetición, pero no por eso dejó de ser admirado, no por eso dejó de ser aplaudido. En el aria del segundo acto, estuvo muy feliz á pesar del cansancio y con ella completó el triunfo de esa noche. El señor Flavio es en nuestra opinión una notabilidad por su hermosa voz, por el gusto esquisito con que canta, por su buen teatro, por sus maneras finas á la par que delicadas. Y siendo esto así, no será extraño que nos congratulemos de que en nuestra patria haya un hombre que la ilustre en las naciones extranjeras con el estudio y con el arte. Reciba el Sr. Puig nuestra cordial enhorabuena, y esté seguro que su triunfo hubiera sido completo, no ya con haber sido aplaudido como lo ha sido justamente, sino con que el público le hubiera oído con gusto despues de haber admirado á Moriani, despues de haber sido entusiasmado en esa ópera concubina.

Confiamos por fin que tan grande triunfo, que tan numerosos aplausos, el haber sido llamado repetidas veces á la escena, le servirá de estímulo para que llegue hasta donde se pueda rayar en el arte.

Cantó tambien el señor Salas en esta función, y escusado es decir que dejó conocer su maestría como lo hace siempre, ya cante en su cuerda ya en diverso género de canto. En el aria de salida fue muy aplaudida por el público y nosotros y el público tambien no solo le debemos ese aplauso, sino el que merece por haber puesto en escena esta ópera de una manera tan completa y tan igual, que hace muchos años no se ha visto otra en la corte.

Los coros estuvieron magníficos: las decoraciones, con especialidad la del molino sumamente propia y de un efecto singular. Los trages muy adecuados, muy lujosos y de esquisito gusto. La orquesta estuvo tambien a orde y afinada. En una palabra todos estuvieron bien y contribuyeron al éxito de esta función, que como ya hemos dicho anteriormente, es la mas igual que hace mucho tiempo hemos visto ejecutar.

VARIEDADES.

BENEFICENCIA.

A continuación ponemos el estado de los niños que han entrado en la Inclusa de esta corte, con expresión de los que han fallecido y de los que se han salvado en los últimos ocho años. La lectura de los primeros estados nos ha alligido sobre manera, porque nos revelan la terrible desproporción en que se encuentran los que han perecido con los que han logrado salvar su vida. Pero ya los años posteriores nos ofrecen mejores resultados, y á juzgar por el aumento progresivo que ha ido tomando el número de los vivos, no podemos menos de concebir esperanzas de que todavía se logren obtener mayores ventajas en favor de esos seres inocentes y desvalidos, á quienes el vicio unas veces, y la miseria y las preocupaciones de la sociedad, así como la falta de buena organización, arrojan en el estado mas deplorable y mas digno de lástima que puede haber entre los hombres. Y son tanto mas de admirar estos buenos resultados, cuanto que segun creemos el gobierno se cuida muy poco de suministrar á los establecimientos de beneficencia los recursos que de derecho y por obligación debiera proporcionarles.

Habiendo notado que en el año de 1844 ha vuelto á crecer el número de los niños que han muerto, y habiendo procurado averiguar en que consistía esta desgracia, se nos ha informado de que las causas habían sido los estragos que en Madrid aun en las cesas particulares han hecho las enfermedades del sarampion y las viruelas que tan malélicas se han presentado en el último año.

Estado de los niños que han entrado en la Inclusa, en cada uno de los años que se expresan y de los que se han salvado.

Años.	Espuestos.	Fallecidos.	Salvados.
1837.	1448.	1111.	337
1838.	1550.	1164.	386
1839.	1350.	894.	456
1840.	1297.	948.	349
1841.	1337.	690.	647
1842.	1345.	503.	842
1843.	1373.	471.	902
1844.	1378.	618.	760

TEATROS.

PRINCIPALES.

Hoy viernes no hay funciones, segun costumbre.

DE LA CRUZ.

Mañana sábado, á las ocho de la noche, segunda representación de la muy aplaudida ópera en dos actos, titulada: LA SOMNAMBULA. Para mejor servicio de la escena se divide el primer acto en dos cuadros.

DEL PRINCIPE.

Función extraordinaria á beneficio del primer actor don Antonio de Guzman para el sábado 15 de febrero, á las siete de la noche: 1.º Brillante sinfonia. 2.º A RIO REVUELTO.... comedia nueva, original, en tres actos y en verso. 3.º Se baila el Paso Stirio. 4.º La pieza en un acto, que hace muchos años no se ejecuta, cuyo título es LA HOSTERIA DE SEGURA. 5.º Jota Aragonesa por varias parejas de niños.

DEL CIRCO.

A la mayor brevedad se pondrá en escena, á beneficio de don Eusebio Lucini, la ópera nueva, en cuatro actos, titulada: I MARTIRI.

Editor y Redactor principal, JUAN PEREZ CALVO.